

mas elevadas de la sociedad, sino que tambien se van borrando las antiguas prevenciones, pues se nos manifiestan los sentimientos mas afectuosos, y las gentes, en mayor número que nunca, se preocupan del retorno á la unidad y le desean. En este cambio el Omnipotente ha tenido cuidado de precavernos contra el peligro de la presuncion, poniéndonos en la imposibilidad de atribuirnos ni siquiera la mas pequeña parte del bien que se obra.

Lo que está pasando en Inglaterra no puede explicarse por la actividad de los católicos, ni por las predicaciones de nuestro clero, ni por las obras de nuestros escritores, ni por el celo y piedad de los fieles. No son la habilidad, ni la prudencia, ni el poder, ni la destreza, ni la sabiduría del hombre las que han contribuido, ni aun de una manera lejana, al desarrollo que se está obrando entre nosotros. Antes por el contrario, parece que toda intervencion por nuestra parte, que tenga por objeto acelerar el deseado desenlace de este gran movimiento, ayudando á venir á nosotros á los que se acercan á nuestras doctrinas, ha tenido por resultado retardar, mas bien que secundar, los efectos que se notan. Un impulso espontáneo de la gracia y una sucesion providencial de circunstancias son los dos únicos medios á que el Señor de los hombres y de las cosas ha recurrido para producir los gloriosos resultados de que somos testigos (1).

Lo que el obispo Wiseman atestigua en su carta, lo recuerda el P. Newman en sus conferencias á aquellos de sus antiguos colegas del anglicanismo que aún no habian imitado su retorno á la Iglesia católica. Desde antes de 1833 habia emprendido con ellos bajo la direccion del doctor Pusey afirmar á la iglesia anglicana en un justo medio entre la

(1) Del Mov. relig. en Inglaterra.

Iglesia católica, en la que reconocen están las principales verdades de la fé, y el protestantismo alemán, que de dia en dia se iba mostrando mas anti-cristiano. Para fortificar pues su iglesia nacional contra la invasion de la impiedad, trataron de reivindicar para sus obispos una autoridad independiente del poder temporal, conforme á la doctrina de los Santos Padres de los primeros siglos; mas no tardaron en convencerse de que la iglesia anglicana era esencialmente una rama de la administracion política y nada mas, y vieron á sus mismos obispos rechazar hasta aquella autoridad independiente, ejercida en otro tiempo por San Basilio y San Ambrosio con los magistrados y los emperadores. Comprendieron por otra parte que si querian seguir á los PP. en un punto, era forzoso los siguiesen en todos, notablemente en el punto principal, á saber, en la union y sumision al sucesor de San Pedro; porque San Ambrosio dice: *donde está Pedro, allí está la Iglesia*. Desde entonces muchos fueron atraidos por la gracia de Dios á la Iglesia romana, contra la cual pensaban construir un baluarte al anglicanismo. Otros se quedaban rezagados esperando siempre descubrir un medio sostenible entre la Iglesia católica y el protestantismo anticristiano; pero el anglicanismo gubernamental tuvo buen cuidado de desengañarlos.

A este propósito conviene saber exactamente qué gobierno es el de Inglaterra. Tres son las formas de gobierno: es reino ó monarquía cuando domina un rey; cuando dominan los ricos, es una aristocracia ó gobierno de ricos; cuando es el pueblo quien domina, es una democracia. Pues bien: en Inglaterra no es el rey quien domina, ni tampoco el pueblo; son los ricos los que dominan al rey y al pueblo. Es pues una aristocracia, es un gobierno de ricos. Estos ricos gobernantes

están divididos en dos cámaras; una hereditaria, otra electiva; pero hasta las elecciones están en su mano, pues de ellas está escluida la masa del pueblo. En razon de estas elecciones aristocráticas, se puede definir exactamente el gobierno inglés diciendo que es una república de aristócratas, una república de ricos. Que estos dominen al rey, lo atestigua la sangre de reyes y de reinas, la sangre de Maria Stuart, la de Carlos Stuart, la proscripcion de la dinastía legítima de los Stuardos. Y ¿por qué estos regicidios y proscripciones? Para matar y proscribir á la Iglesia del Dios vivo, á la Iglesia de la antigua Inglaterra, y ponerse ellos mismos en su lugar é imponer á todos los ingleses, al rey y al pueblo, y so pena de muerte, su religion parlamentaria.

Esta república de aristócratas anglicanos no perdona mas al pueblo que al monarca. Testigos esos millones de pobres ingleses á quienes desde hace tres siglos no cesa de matar, de proscribir, y de calumniar, y todo porque no quieren imitar su apostasia. Testigo la Irlanda, esa dolorosa madre de muchos millones de Macabeos, á quienes desde hace tres siglos continúa martirizando la aristocracia anglicana, cual una bandada de nuevos Antíocos, en su cuerpo y en sus hijos; hijos que aun hoy, en 1850, perecen de hambre en medio de los campos confiscados á sus padres. Hemos oido al anglicano Wellington decir y repetir á los realistas franceses, hablando de la muerte dada á Luis XVI: *«Eso es una bagatela!»* El irlandés Wellington ¿piensa diferentemente de la muerte tres veces secular dada á su propia patria?

Así pues, cuando aquí hablamos de lo que hay de anti-cristiano en el gobierno de Inglaterra, no hablamos en manera alguna de la reina Victoria, de quien todos dicen es una excelente madre de familia y que es quizá mas cristiana de lo que se la permite mostrarse;

hablamos de la aristocracia anglicana que ha empapado ya sus manos en la sangre de un rey y de una reina para confiscar en provecho suyo esclusivo el trono y la Iglesia y el pueblo. Los dominios y riquezas de que se prevalecen esos dueños de Inglaterra para dominarlo todo, el pueblo y el monarca, son en gran parte los despojos que cogieron á los santuarios y á los servidores del verdadero Dios, como en otro tiempo Antíoco y Nabucodonosor. Entre esos santuarios profanados hay que contar á las iglesias catedrales y parroquiales, porque si todavía subsisten materialmente, ya no tienen ni obispos, ni sacerdotes, ni sacrificio, ni ordenacion cierta. Como hoy dia los que se dicen obispos anglicanos ni siquiera creen en el sacramento del Bautismo y probablemente muchos de ellos ni aun están bautizados válidamente, há lugar á presumir que todavía creen menos en el sacramento del orden y que en él no observan la forma necesaria para conferirle en realidad, aun suponiendo que originalmente pudiesen hacerlo, lo cual es mas que dudoso. Así que no solo no tienen ninguna jurisdiccion de obispo legítimo, sino que ni siquiera tienen el carácter de obispos. Finalmente, un obispo anglicano no es mas que un alto funcionario de la administracion civil y el marido de una muger; cosa tan extraña que un hombre formal no puede mirar sin reirse á la muger de un obispo y que hasta ahora ni en la lengua inglesa ni en la francesa se ha encontrado una expresion ó palabra para nombrar al obispo-hembra. Por lo demás, poco importa esto á los obispos anglicanos; lo que les importa es dejar bien provistos á sus hijos, á sus hijas y á sus yernos é incorporarlos en la aristocracia anglicana. Para esto hay mas de un género de industrias. Por ejemplo, el protestante Cobbet en sus cartas nos habla de un obispo anglicano que en un ángulo de su palacio episcopal vendia dispen-

sas, beneficios y curatos á los nuevos clérigos, mientras en el otro ángulo estaba su muger vendiendo cerveza á los paisanos.

«Ved, dice un clérigo anglicano recientemente convertido al catolicismo, ved la conducta de los obispos y arzobispos de la iglesia establecida en Inglaterra y en Irlanda. El protestantismo arraigado de aquel pais se empieza ya á disgustar, cuando oye hablar de las enormes fortunas acumuladas sin cesar por estos personajes, durante los años en que poseen las rentas y los beneficios de sus sillas; es muy poco, ó mas bien es nada para un obispo no dejar despues de su muerte mas de una herencia de cincuenta mil libras esterlinas (unos cinco millones de reales). Los aborres episcopales deben de contarse por centenares de miles de libras (de veinte y cuatro á veinte y ocho millones de reales). El favor ministerial ó la casualidad eleva al hijo de un tendero ó de un pastor de aldea al banco de los obispos; inmediatamente toda la energía y las fuerzas todas del nuevo obispo se dedican á ir reuniendo para su viuda y para sus hijos la fortuna de un potentado. Hombres cuyos padres estaban sentados detras de un mostrador, dejan asi á sus hijos rentas anuales de muchos miles de libras esterlinas y los casan con familias de grandes señores, asociándolos á lo mas elevado que hay en el pais. Y todo esto sucede, merced á esa fria y árida parsimonia que destruye toda prosperidad social y todo bienestar para el pobre (1).»

Concíbese muy bien que un gobierno de los ricos del siglo, que en el fondo no reconocen otra divinidad que la riqueza ó Mammon, como los príncipes de Canaan y de

(1) *Cuatro años de experiencia de la Religión católica*, por Moore Capes, antiguo individuo de la Universidad de Oxford. Paris, 1851, p. 58.

Cartago, quiera obispos casados, pontífices de la fortuna mas bien que de Jesucristo; pero lo que apenas puede concebirse es que honrados puseistas hayan creído posible atraer semejantes prelados á la vida apostólica é independiente de los Basilio y Ambrosios para sostener á ejemplo de estos Santos la doctrina de los Apóstoles; bien es verdad que el gobierno y los prelados anglicanos no tardaron mucho en quitarles todas sus ilusiones en este punto.

En 1847 el gobierno nombró cura de una parroquia anglicana á un sociniano llamado Gorham (llámase socinianos á los árrianos modernos que, como el protestante Faustino Socino, niegan la divinidad de Jesucristo y la necesidad del bautismo). El obispo anglicano de Exeter, en cuya diócesis se hallaba la parroquia, se negó á dar la institucion del curato á Gorham, y esto por causa de herejía manifiesta. Gorham acudió á un tribunal de primera instancia; pero este dió la razon al obispo. Apeló en segunda á otro, instituido por los ministros de la reina, y este declaró: 1.º que no hay jurisdiccion ni autoridad para declarar cuál es la doctrina de la iglesia anglicana; 2.º que la doctrina de Gorham acerca del bautismo no es contraria á la de la iglesia anglicana. Esta declaracion, que solo pone en claro la contradiccion y la apostasia del episcopado anglicano, dicese fué redactada por el arzobispo anglicano de Cantorbery. El obispo de Exeter protestó en contra; pero fué condenado por otro tribunal secular (y es ya el tercero que entendió en esto) y acabó vergonzosamente por firmar el nombramiento del herege Gorham, que fué instituido cura por un empleado civil.

Los puseistas, que miraban al obispo de Exeter como á un segundo Atanasio, quedaron extraordinariamente desconcertados con su cobardía. Esto les hizo ver que no hay fortalez

apostólica sino en la Iglesia romana, y á esta se adhirieron desde entonces muchos y de los mas distinguidos, y si otros andaban todavia vacilantes, no era por disidencia alguna respecto del dogma, sino por prevenciones ó preocupaciones mas ó menos fútiles, como sucedió con San Agustin, que aunque convencido de la verdad del cristianismo tardó todavia algun tiempo en convertirse detenido por las bagatelas del mundo. Para disipar, pues, las últimas nubes que aun ofuscaban á sus antiguos amigos, tuvo el P. Newman una série de conferencias en una iglesia de Londres.

¿Cómo es, decian aquellos anglicanos semi-romanos, cómo es que los paises católicos están actualmente menos adelantados en civilizacion que los paises protestantes? Sin examinar hasta qué punto sea verdadera ó falsa esta imputacion, el P. Newman señala una diferencia capital entre el catolicismo y el protestantismo, asi en cuanto al objeto como en cuanto á la obra que uno y otro se proponen. La Iglesia católica, lo mismo que Jesucristo, tiene por objeto principal la salvacion de las almas, el reino de Dios y su justicia, el cielo. El protestantismo anglicano, lo mismo que el mundo, tiene por objeto principal, si es que no por objeto único, el bienestar de esta vida, estar bien alojado, bien vestido, bien comido, viajar cómodamente, ir de placer en placer, sin hacer caso de aquellas palabras de Jesucristo: «¡Ay! de vosotros, ricos, porque ya teneis vuestro consuelo; ¡ay! de vosotros los que estais hartos, porque tendreis hambre; ¡ay! de vosotros los que ahora reís, porque tendreis luego que llorar.» En suma, el espíritu del catolicismo es el espíritu de Dios; el espíritu del protestantismo es el espíritu del mundo. La diferencia de estos espíritus se manifiesta públicamente en Londres y en Roma en una misma y solemne circunstancia.

«Es una dicha para las criaturas humanas, dice el P. Newman, morir en sus tiernos años, antes de conocer el bien y el mal, con tal que hayan recibido el bautismo de la Iglesia; pero, despues de las personas que mueren en sus primeros años, ¿quiénes son las mas felices, cuya salvacion parece mas asegurada y cuya partida de este mundo debe de inspirarnos mas gozo y reconocimiento? Hablo de los criminales y de su muerte, de esos hombres que de continuar viviendo están sin cesar espuestos á recaer en sus antiguos hábitos de pecado, pero que son sacados de este miserable mundo en la flor de su contriccion y en la viveza de su preparacion para la muerte, en el momento mismo en que se han afirmado en buenas disposiciones, en que han arrojado de su corazon el pecado, en que han venido á pedir humildemente perdon, y recibido la gracia de la absolucion, y sido alimentados con el pan de los ángeles y comparado asi ante su Juez y su Criador en medio de las oraciones de todos los fieles. Digo en medio de las oraciones de todos, porque ¿qué diferencia no hay entre un pais católico y un pais protestante en la ejecucion de la pena capital pronunciada por la ley? Todo el mundo conoce las escenas impías y profanas que acompañan en Inglaterra á la ejecucion de los criminales; llegan á tal punto, que algunos hombres de bien, considerando los inconvenientes de la publicidad de las ejecuciones, vacilan entre los inconvenientes de una ejecucion secreta y los horrores de las ejecuciones públicas. La Inglaterra sobrepaja á Roma en mil cosas de este mundo; sin embargo, la ciudad Santa no permitiria una enormidad que la poderosa Inglaterra no puede impedir.

»A fines del siglo XV se fundó en Roma una archicofradía bajo la advocacion de San Juan Bautista, que fué decapitado por orden

de un rey, siquiera fuese inícuo esta sentencia, y esta archicofradía practica aun hoy en dia sus piadosos deberes con los condenados á muerte. Cuando va á ser decapitado un criminal, dos congregantes ó individuos de la archicofradía, que á las veces suelen ser obispos ó personas de las mas distinguidas de la ciudad, pasan la noche orando y platicando con el prisionero, y al otro dia le acompañan al cadalso y le asisten hasta el último momento (1). En todas las iglesias se pone manifiesto el Santísimo Sacramento, á fin de que los fieles puedan ayudar al pecador á que pueda hacer su forzada comparecencia ante su juez. A la muchedumbre que rodea el cadalso, solo la ocupa un pensamiento, el de saber si el condenado ha dado muestras de arrepentimiento. Sobre esto corren de boca en boca noticias contradictorias; ya se dice que permanece inflexible, ya que se ha reconciliado con Dios; las mugeres no pueden creer que no se haya arrepentido, pues dicen que Jesus y María no lo permitirían, y así no quieren creer que siga impenitente y están seguras de que acabará por humillarse delante de Dios antes de comparecer en su presencia. Así las cosas, se sabe que el desgraciado culpable está todavía luchando con su orgullo y que, aunque posea esa luz de la fé que es imposible deje de tener un católico, no puede resolverse á odiar y aborrecer unos crímenes cuyas tristes ventajas ha perdido para siempre y cuyas crueles consecuencias, y todas ellas, las está actualmente experimentando. Ya no puede gustar las dulzuras funestas de la venganza; tampoco puede embriagarse de placeres prohibidos; y sin embargo, no quiere reconocer y detestar su pecado, siquiera se halle en los

(1) Es bien conocida tambien la congregacion que con el titulo de la Paz y Caridad hay establecida en Madrid con el mismo objeto. (N. del E.)

últimos momentos de su vida. Al saber todo esto la muchedumbre, se llena de inquietud; pasa una hora, y sube de punto la impaciencia; al fin se anuncia que se ha obrado ya un cambio en el infeliz criminal y que ya se ha rendido á la gracia; háse postrado ante un Crucifijo, y orado con fervor, y experimentado y manifestado un sentimiento tierno y caritativo para con aquellos á quienes aborrecia; se ha resignado amorosamente con su suerte, ha bendecido la mano que le castiga, é implorado su perdon, y confesándose con sinceridad y dolor, y puéstose á disposicion del sacerdote; ya se ofrece á dar á Dios y á los hombres cuantas satisfacciones se le exijan en su última hora, ya consiente en sufrir hasta indignidades y penas á que no ha sido condenado, y si es menester acepta todos los tormentos del Purgatorio, sea cual fuere su duracion, si con esto puede mostrar, mediante la misericordia de Dios, la sinceridad de su arrepentimiento; su vivísimo deseo de obtener el perdon y de alcanzar siquiera el último lugar en el reino de los cielos.

»Esta noticia cunde con la velocidad del rayo por entre la multitud; y á testigos oculares he oido decir que jamás olvidarian los gritos de gozo y alegría que al punto resueñan por todas partes y que forman como un Ave usánime de reconocimiento en accion de gracias por la merced que acaba de ser concedida á aquella alma que está á punto de partir para la eternidad.

«Y no es de extrañar, añade el orador, que algunas personas piadosas que llevan ya algun tiempo ocupándose en asistir á los reos tengan tanta confianza de su salvacion. El P. Claver (ahora ya beato) estaba tan convencido de la eterna felicidad de la mayor parte de los que él habia asistido, dice el biógrafo de este bienaventurado misionero, que hablando una vez de unos hombres que habian entrega-

do á la justicia un criminal, dijo: «Dios los perdone; pero han asegurado la salvacion de este hombre y arriesgado probablemente la suya.» La mayor parte de los criminales miraban como una gracia el poder morir en manos de este santo sacerdote. Apenas abria la boca, tornábanse mansos como ternos corderillos hasta los hombres mas fieros é indómitos, y en vez de sus ordinarias imprecaciones, solo se oian sollozos y suspiros y el ruido de las sangrientas disciplinas con que castigaban su cuerpo antes de ir al suplicio (1).

Hé ahí de qué manera refuta el P. Newman uno de los primeros pretextos que retenian todavia á sus amigos en el dintel de la Iglesia romana. Otro pretexto era la diversidad de pareceres que se observaba aun entre los católicos; pero Newman observa que entre los católicos esta diversidad solo es respecto de las cuestiones libres y que aun no ha decidido la Iglesia, y que si algunos espíritus temerarios van mas allá y enjendran heregias, de ellas triunfa la Iglesia á pesar de todas las potestades del mundo y del infierno. Así ha triunfado de las heregias de Arrio, de Nestorio, de Eutiques y de muchos otros á pesar de que eran sostenidas por reyes y emperadores, y así triunfará tambien del jansenismo y de la incredulidad.

De resultas de las conferencias del P. Newman, convirtiéronse á la Iglesia católica gran número de ministros anglicanos, entre otros Enrique Guillermo Wilberforce, hermano del obispo anglicano de Oxford y cura de una parroquia que le producía una renta anual de cinco mil duros. En una carta que en 10 de enero de 1851 dirigió á sus antiguos feligreses

(1) Conferencias predicadas en el oratorio de Londres, por el P. Newman, traducidas del inglés al francés por Julio Gondou. Paris 1851. Primera conferencia.

ses les indica trece señales diferentes que prueban que la Iglesia católica es la verdadera Iglesia, á la que todos debemos de someternos. 1.^a Ella es la Iglesia fundada por Jesucristo y por los Apóstoles; las iglesias protestantes son todas modernas; 2.^a La Iglesia es infalible; lo cual quiere decir que no puede enseñar el error y que ella es la primitiva Iglesia que siempre ha enseñado lo que hoy enseña; 3.^a Esta Iglesia está fundada sobre San Pedro, el primer Papa, sobre quien Jesucristo ha edificado su Iglesia; 4.^a Está esparcida por todo el globo y no confinada á un solo pais; 5.^a Enseña las mismas cosas en todas partes y en todos tiempos; 6.^a Forma por sí mismo un reino separado de todos los reinos del mundo, el reino de los cielos, segun que así llamaba Nuestro Señor Jesucristo á su Iglesia; 7.^a Perdona los pecados por medio de los sacerdotes y en virtud de la autoridad de Jesucristo; 8.^a Conserva los usos de los Apóstoles ungiendo con óleo á los enfermos; 9.^a Ofrece diarios sacrificios á Dios; 10.^a Guarda la Escritura en todas sus partes, y todas las observa y no algunas solamente; 11.^a Honra y practica los consejos de perfeccion, la virginidad, la pobreza y la obediencia; 12.^a Se obran continuamente milagros en su seno, mientras entre los protestantes no se hacen milagros; 13.^a Es aborrecida del mundo. La Escritura muestra que estas son las señales de la verdadera Iglesia (1).

Otro cura anglicano, Moore Capes, acababa de edificar á espensas suyas una iglesia cuando en 23 de junio de 1845 anunció en una carta á sus feligreses que habia abandonado el anglicanismo y convertido á la Igle-

(1) Las recientes conversiones de Inglaterra, por Julio Gondou. Paris 1852.

sia católica. Muchos de sus antiguos feligreses siguieron su ejemplo. En 1850 publicó, con el título de *Cuatro años de experiencia de la Iglesia católica*, algunas observaciones acerca de lo que en realidad es el catolicismo, comparativamente con las ideas que de él se forman los anglicanos. Los fieles hijos de la Iglesia harán bien en leer este opúsculo así como las conferencias del P. Newman para que vean con no poca sorpresa cuán extrañas é increíbles son las ideas que de nosotros se forman los protestantes de Inglaterra y para que aprecien mejor la merced que Dios nos ha dispensado concediéndonos la gracia de ser católicos. *Los cuatro años* versan sobre cuatro puntos, á saber, efectos intelectuales del catolicismo, moralidad católica, doctrina católica, esclavitud del protestantismo. «Muchas gentes, dice el autor, se imaginan que un católico vive y obra con una especie de malestar intelectual, con inquietud, y con un sentimiento mal definido, pero real, de que es víctima de ilusiones; imagínase también que teme la antorcha de la crítica y la fuerza de la argumentación, que se asusta de ver criticadas y examinadas con habilidad y al mismo tiempo con rigor sus opiniones. Por lo que á mí hace puedo protestar solemnemente que desde el día que entré en el gremio de la Iglesia romana, me he hallado como un hombre que acaba de romper las cadenas que desde su infancia tenían cautivos sus movimientos; he experimentado el delicioso sentimiento del apoyo que venia á sostener mi inteligencia, y pareceme que ese es un sentimiento al cual todo protestante afirmará ser absolutamente ageno.... Como aguilucho que por primera vez se arroja de su nido aéreo, corre con vuelo seguro por la inmensa extensión de los aires, ya elevándose hácia el sol, ya bajándose hácia la tierra, así mi razón se alegraba con las nuevas facultades que acaba-

ba de adquirir; contemplaba la infinita universalidad de los seres materiales é inmateriales con esa mirada firme y segura del alma que adquiere la certidumbre de que al fin ha sido puesta en libertad por el que la crió.... Lo que entonces experimentaba yo, no he dejado de experimentarlo desde entonces hasta ahora; tengo la conciencia de haber abrazado un sistema religioso vasto y armónico que, único entre todas las religiones de la tierra, es lo que dice ser, nada más ni nada menos. Contemplo delante de mí un imponente conjunto de doctrinas y de moral de acuerdo consigo mismo, de acuerdo en todas sus partes, donde la lógica más rigurosa nada puede hallar que no se enlace y se coordine perfectamente, donde todo se esclavona y se explica por reglas cuya aplicación es tan universal en la vida como la aplicación de las leyes físicas de la gravedad en el mundo entero (1).»

Capes termina su libro con la siguiente consideración: «La ignorancia voluntaria de los protestantes acerca del verdadero estado y de las doctrinas de los católicos, combinada con su horror á asociarse á los católicos y con la influencia que les atribuyen y que parecen tener, semejante á la fascinación de la serpiente, es en verdad una cosa sin ejemplo en los hechos de este mundo. Para los que tienen ojos para discernirlos, es esto una señal, tan brillante como el sol, de que hay alguna fuerza útil, incomprendible, que apega á la tierra la inteligencia que no es católica y la impide desplegar sus capacidades naturales con ese vigor y esa independencia que pretende poseer. Como todos los otros puntos acerca de los cuales he llamado la atención,

(1) *Cuatro años de experiencia de la Religión católica*, Paris, Sanier et Bray, 1851, página 22 y siguientes.

este prueba que el protestantismo no es libre, que su tan cacareada libertad no es más que una esclavitud de que él no tiene convencimiento, y que, si quisiera ser verdaderamente libre, debería de adoptar aquel sistema de fé y de moral que es el único que da la libertad al hombre, porque pone la ley en lugar de la licencia y en lugar del derecho de dudar confiere el poder de creer (1).»

Un hecho bastante sencillo, una carta, hizo muy luego aparecer á los ojos del universo entero el terror y la turbación que agitan al anglicanismo á vista de la Iglesia católica: hubiérase dicho que era el rey de Babilonia, Baltasar, temblando al ver que una mano escribía en la pared estas tres palabras: *Mané, Thécel, Pharés*. En el mes de octubre de 1850 llegó á Inglaterra una carta de Roma fechada el 24 de setiembre del mismo año en la que un sacerdote católico-romano, recién vuelto de su destierro, Pio IX en una palabra, decia lo siguiente:

«El poder de gobernar la Iglesia universal, confiado por Nuestro Señor Jesucristo al Romano Pontífice en la persona de San Pedro, Príncipe de los Apóstoles, ha mantenido durante todo el curso de los siglos en la Silla apostólica esa admirable solicitud que le hace velar por el bien de la Religión católica en toda la tierra y proveer con celo á sus progresos. Así se cumplen los designios de su divino fundador, quien estableciendo un gefe aseguró con su profunda sabiduría la salvación de la Iglesia hasta la consumación de los siglos. El efecto de esta solicitud pontificia ha sido visible, entre otros pueblos, en el noble reino de Inglaterra, cuyas historias atestiguan que desde los primeros siglos de la Iglesia fué llevada la Religión cristiana á la

(2) *Cuatro años de experiencia de la Religión católica*. Paris, 1851, p. 216 y 217.

Gran Bretaña y ha estado despues muy floreciente; pero á mediados del siglo quinto, despues de invadida aquella isla por los ingleses y sajones, cayeron en el más deplorable estado la Religión y la cosa pública. Mas no tardó nuestro santísimo predecesor Gregorio el Grande en enviar el monge Agustin con sus compañeros, y luego creó un gran número de obispos y les agrega una multitud de sacerdotes monges, y atrae á la Religión cristiana á los anglo-sajones y logra al fin con su influjo restablecer y estender la fé católica en toda la Gran Bretaña que entonces comienza á llamarse Inglaterra.

Y para recordar hechos más recientes, nada nos parece más evidente en la historia del cisma anglicano consumado en el siglo XVI que la activa y siempre perseverante solicitud de los Romanos Pontífices, predecesores nuestros, en socorrer y sostener por todos los medios posibles la Religión católica, espuesta en aquel reino á los mayores peligros y reducida al mayor apuro. Con este objeto se han hecho, entre otras muchas cosas, tantos esfuerzos por los Soberanos Pontífices ó de orden suya y con su aprobación, para que jamás faltasen en Inglaterra hombres consagrados al sostenimiento del catolicismo y para que los jóvenes católicos dotados de buena índole pudiesen venir al continente á educarse y á instruirse esmeradamente en las ciencias eclesiásticas para que revestidos de las sagradas órdenes y regresando á su patria pudiesen sostener á sus compatriotas con el ministerio de la palabra y de los sacramentos y defender y proteger la verdadera fé. Pero aun se reconocerá más el celo de nuestros antecesores si se atiende á lo que ha hecho para dar á los católicos ingleses prelados revestidos del carácter episcopal á la sazón en que una furiosa é implacable persecución los había privado de la